



Mary Frances Schjombberg

El Obispo Jean Zache Duracin de la Diócesis de Haití y la Obispa Presidenta Katharine Jefferts Schori están el 16 de noviembre 2008 en el altar de la Catedral de Sainte Trinité (Catedral de la Santísima Trinidad), en Puerto Príncipe con algunos miembros del clero de la diócesis, incluido el misionero de la Iglesia Episcopal, el reverendo Oge Beauvoir (segundo por la izquierda), decano de la escuela teológica en Puerto Príncipe. La catedral, con sus famosos impresionantes murales de la vida de Cristo que representaban personajes bíblicos en motivos tropicales, fue destruida en el terremoto de 12 de enero

## Sacudidos hasta la médula, llamados a responder

Por Katharine Jefferts Schori

El mundo se ha vuelto al revés, cuando los huesos de la tierra se desplazaron por debajo de Haití. Esto nos recuerda la fragilidad de la vida y la imprevisibilidad, mientras miramos las noticias y vemos la devastación de vidas humanas.

Haití es el país más pobre del hemisferio occidental, el 80 por ciento de su población vive con menos de dos dólares al día. Incluso antes de este terremoto, luchaba por suministrar a sus pobres.

Desde su fundación en 1804 como la primera nación liderada por africanos en el Hemisferio Occidental, y la primera formada a consecuencia de la rebelión de antiguos esclavos, Haití ha experimentado desastre tras desastre, tanto naturales como políticos. Hasta ahora, los huracanes han sido los jinetes más frecuentes del caballo apocalíptico.

La Diócesis Episcopal de Haití es una de las más grandes en nuestra iglesia. Antes de este desastre, la diócesis contaba entre

100.000 a 120.000 miembros en 169 congregaciones servidas por tan sólo 37 sacerdotes. La diócesis ha sido una fuerza importante para el bienestar humano en todos los sentidos: espiritual, emocional, intelectual, cultural y físico.

Los episcopales de Haití ingeniosos y llenos de espíritu han servido a más de 80.000 niños en 254 centros diocesanos de educación, desde preescolar hasta la universidad.

La diócesis patrocinaba la única Orquesta Filarmónica de Haití y a sus únicas escuelas para niños discapacitados y en enfermería. El Hospital de la Santa Cruz proporcionaba servicios de salud comunitaria a la región Léogâne. Dos institutos de formación profesional proporcionaban a Haití mecánicos de autos, técnicos informáticos y administradores de empresas. Programas de desarrollo ayudaron a las comunidades rurales a lograr seguridad alimentaria mediante la cría de conejos y el intercambio de arados.

Este terremoto arrasó la catedral y sus edificios circundantes, incluidas las escuelas



Mary Frances Schjombberg

El Obispo Jean Zache Duracin de la Diócesis de Haití y la Obispa Presidenta Katharine Jefferts Schori están el 16 de noviembre 2008 en el altar de la Catedral de Sainte Trinité (Catedral de la Santísima Trinidad), en Puerto Príncipe con algunos miembros del clero de la diócesis, incluido el misionero de la Iglesia Episcopal, el reverendo Oge Beauvoir (segundo por la izquierda), decano de la escuela teológica en Puerto Príncipe. La catedral, con sus famosos impresionantes murales de la vida de Cristo que representaban personajes bíblicos en motivos tropicales, fue destruida en el terremoto de 12 de enero

## Sacudidos hasta la médula, llamados a responder

Por Katharine Jefferts Schori

El mundo se ha vuelto al revés, cuando los huesos de la tierra se desplazaron por debajo de Haití. Esto nos recuerda la fragilidad de la vida y la imprevisibilidad, mientras miramos las noticias y vemos la devastación de vidas humanas.

Haití es el país más pobre del hemisferio occidental, el 80 por ciento de su población vive con menos de dos dólares al día. Incluso antes de este terremoto, luchaba por suministrar a sus pobres.

Desde su fundación en 1804 como la primera nación liderada por africanos en el Hemisferio Occidental, y la primera formada a consecuencia de la rebelión de antiguos esclavos, Haití ha experimentado desastre tras desastre, tanto naturales como políticos. Hasta ahora, los huracanes han sido los jinetes más frecuentes del caballo apocalíptico.

La Diócesis Episcopal de Haití es una de las más grandes en nuestra iglesia. Antes de este desastre, la diócesis contaba entre

100.000 a 120.000 miembros en 169 congregaciones servidas por tan sólo 37 sacerdotes. La diócesis ha sido una fuerza importante para el bienestar humano en todos los sentidos: espiritual, emocional, intelectual, cultural y físico.

Los episcopales de Haití ingeniosos y llenos de espíritu han servido a más de 80.000 niños en 254 centros diocesanos de educación, desde preescolar hasta la universidad.

La diócesis patrocinaba la única Orquesta Filarmónica de Haití y a sus únicas escuelas para niños discapacitados y en enfermería. El Hospital de la Santa Cruz proporcionaba servicios de salud comunitaria a la región Léogâne. Dos institutos de formación profesional proporcionaban a Haití mecánicos de autos, técnicos informáticos y administradores de empresas. Programas de desarrollo ayudaron a las comunidades rurales a lograr seguridad alimentaria mediante la cría de conejos y el intercambio de arados.

Este terremoto arrasó la catedral y sus edificios circundantes, incluidas las escuelas

y un convento, destruyó la casa del obispo y las oficinas diocesanas. Una de las instituciones de la diócesis de la educación superior ha desaparecido. Mientras escribo esto, a mediados de enero, no conocemos la condición de otras instituciones. Varias iglesias fueron destruidas.

El trabajo de reconstrucción de vidas, instituciones diocesanas y el tejido de la nación llevará años. La Iglesia Episcopal - toda ella - será vital en ese esfuerzo.

### **La reconstrucción de Liberia**

Asimismo, la Diócesis de Liberia, en otro tiempo parte de nuestra Iglesia y ahora miembro de la Provincia Anglicana de África Occidental, creció para servir al pueblo de Dios en una nación fundada por esclavos liberados. El país se está recuperando de años de guerra civil. En todas partes hay indicios de violencia: automóviles y camiones incendiados, edificios en decadencia, calles y carreteras intransitables, electricidad limitada e intermitente y la falta de servicios básicos. A pesar de esas realidades, el pueblo de Liberia está lleno de esperanza. Están reconstruyendo sus casas, sus vidas y su nación con creatividad y determinación.

La Iglesia Episcopal de Liberia tiene un largo y respetable lugar en la vida de la nación. Desde 1889, la Universidad de Cuttington ha entrenado a muchos de los líderes de la nación. Las escuelas diocesanas proporcionaron gran parte de la mejor educación primaria y secundaria disponible. La triste realidad es que la mayoría de las instituciones diocesanas fueron dañadas o destruidas en los disturbios, y muchos todavía están tratando de reconstruir.

Inmediatamente después del desastre de Haití, las donaciones en efectivo son la manera más eficaz y esencial de ayudar. La Ayuda y Desarrollo de la Iglesia Episcopal está trabajando con sus socios de allí, sobre todo una red de agentes de desarrollo comunitario que ha capacitado en los últimos años. Juntos conectarán la necesidad con los recursos.

La reconstrucción de la diócesis debe ser

dirigida por su pueblo. Sólo el obispo y su líderes nos pueden decir dónde y qué ayuda es más necesaria. La gente de Louisiana y Mississippi sabe lo que es esto, y los que se han asociado con ellos conocen la bendición de ser lo suficientemente vulnerables como para escuchar y tomar la dirección de los que sufren.

Conforme pasa el tiempo, el mundo se olvidará de la extensión de esta devastación. Nuestra tarea será la de escuchar, recordar y responder.

De hecho, hemos visto que la atención del mundo, una vez atrapado por los disturbios violentos de Liberia, se ha alejado. Sin embargo, la iglesia necesita desesperadamente los socios en su labor de reconstrucción.

Los dólares son necesarios, pero esa necesidad es secundaria. Hay un hambre enorme, y orgullo en la búsqueda de la autosuficiencia. Los episcopales de Liberia necesitan formadores de maestros. Necesitan administradores de hospitales y personal médico. Necesitan misioneros que estén dispuestos a entrenar a los liberianos a entrenar a otros. La Iglesia Episcopal tiene los recursos humanos que necesitan.

En nuestro instinto de ser compasivos como consecuencia de tales desastres, ruego que descubramos que estamos tan interconectados que ya no basta con hablar de los pobres de Haití y de Liberia. Pido que se cuente la historia de todos los que sufren en nuestro medio, de los miembros pobres y afligidos de toda la familia humana. En verdad, cuando el desastre golpea a uno de estos menores, nos golpea a todos.

Juntos podemos llevar una medida de curación a Haití y a Liberia. Que el resultado esté mucho más cerca el sueño que compartimos del reino de Dios.

—*La Reverendísima Katharine Jefferts Schori es obispa presidenta de la Iglesia Episcopal. Para contribuir a los fondos de socorro y de recuperación de Haití y de Liberia, visite Ayuda y Desarrollo episcopales en [www.ef-d.org](http://www.ef-d.org)*

y un convento, destruyó la casa del obispo y las oficinas diocesanas. Una de las instituciones de la diócesis de la educación superior ha desaparecido. Mientras escribo esto, a mediados de enero, no conocemos la condición de otras instituciones. Varias iglesias fueron destruidas.

El trabajo de reconstrucción de vidas, instituciones diocesanas y el tejido de la nación llevará años. La Iglesia Episcopal - toda ella - será vital en ese esfuerzo.

### **La reconstrucción de Liberia**

Asimismo, la Diócesis de Liberia, en otro tiempo parte de nuestra Iglesia y ahora miembro de la Provincia Anglicana de África Occidental, creció para servir al pueblo de Dios en una nación fundada por esclavos liberados. El país se está recuperando de años de guerra civil. En todas partes hay indicios de violencia: automóviles y camiones incendiados, edificios en decadencia, calles y carreteras intransitables, electricidad limitada e intermitente y la falta de servicios básicos. A pesar de esas realidades, el pueblo de Liberia está lleno de esperanza. Están reconstruyendo sus casas, sus vidas y su nación con creatividad y determinación.

La Iglesia Episcopal de Liberia tiene un largo y respetable lugar en la vida de la nación. Desde 1889, la Universidad de Cuttington ha entrenado a muchos de los líderes de la nación. Las escuelas diocesanas proporcionaron gran parte de la mejor educación primaria y secundaria disponible. La triste realidad es que la mayoría de las instituciones diocesanas fueron dañadas o destruidas en los disturbios, y muchos todavía están tratando de reconstruir.

Inmediatamente después del desastre de Haití, las donaciones en efectivo son la manera más eficaz y esencial de ayudar. La Ayuda y Desarrollo de la Iglesia Episcopal está trabajando con sus socios de allí, sobre todo una red de agentes de desarrollo comunitario que ha capacitado en los últimos años. Juntos conectarán la necesidad con los recursos.

La reconstrucción de la diócesis debe ser

dirigida por su pueblo. Sólo el obispo y su líderes nos pueden decir dónde y qué ayuda es más necesaria. La gente de Louisiana y Mississippi sabe lo que es esto, y los que se han asociado con ellos conocen la bendición de ser lo suficientemente vulnerables como para escuchar y tomar la dirección de los que sufren.

Conforme pasa el tiempo, el mundo se olvidará de la extensión de esta devastación. Nuestra tarea será la de escuchar, recordar y responder.

De hecho, hemos visto que la atención del mundo, una vez atrapado por los disturbios violentos de Liberia, se ha alejado. Sin embargo, la iglesia necesita desesperadamente los socios en su labor de reconstrucción.

Los dólares son necesarios, pero esa necesidad es secundaria. Hay un hambre enorme, y orgullo en la búsqueda de la autosuficiencia. Los episcopales de Liberia necesitan formadores de maestros. Necesitan administradores de hospitales y personal médico. Necesitan misioneros que estén dispuestos a entrenar a los liberianos a entrenar a otros. La Iglesia Episcopal tiene los recursos humanos que necesitan.

En nuestro instinto de ser compasivos como consecuencia de tales desastres, ruego que descubramos que estamos tan interconectados que ya no basta con hablar de los pobres de Haití y de Liberia. Pido que se cuente la historia de todos los que sufren en nuestro medio, de los miembros pobres y afligidos de toda la familia humana. En verdad, cuando el desastre golpea a uno de estos menores, nos golpea a todos.

Juntos podemos llevar una medida de curación a Haití y a Liberia. Que el resultado esté mucho más cerca el sueño que compartimos del reino de Dios.

—*La Reverendísima Katharine Jefferts Schori es obispa presidenta de la Iglesia Episcopal. Para contribuir a los fondos de socorro y de recuperación de Haití y de Liberia, visite Ayuda y Desarrollo episcopales en [www.ef-d.org](http://www.ef-d.org)*